

EL DESARROLLO REGIONAL CONTRA LA SOCIEDAD RURAL. EL NEORRURALISMO COMO MODO DE VIDA

Por
MARIO GAVIRIA LABARTA
Sociólogo

ES un honor para mí el poder hablar en la Asamblea Anual de la Asociación Española de Sociología y Economía Agraria, ante una selección de los principales concedores y científicos de los problemas rurales y agrarios españoles.

Mi exposición, pues, será un esfuerzo de comunicación científica entre colegas, de exposición de dudas, de interrogantes que el momento tecnológico y económico actual presentan a cualquiera que reflexione seriamente sobre estos problemas.

Quiero advertir, para que me sirva de atenuante, que la incoherencia de la situación alimenticia y energética mundial, la escasez creciente de productos, la subida de precios generalizada, la confusión en el mercado, y la reaparición de millones de personas que se mueren de hambre en Africa y en la India, son datos suficientes como para que no me atreva a hacer una exposición sólida «científica» y confiante en la ciencia.

Hace simplemente cuatro años mi comunicación y ponencia hubiera sido profundamente distinta.

Tengo que reconocer que estoy en un momento de crisis teórica y metodológica profunda como consecuencia de la información recibida hace dos años durante mi viaje a Estados Unidos, que se ha ido confirmando posteriormente como habían profetizado autores como Madws, Commoner, Borgstrom y Goldsmith.

Mi punto teórico actual sobre desarrollo y agricultura podría resumirse así:

La idea del desarrollo por el desarrollo tal como se ha materializado en los últimos ocho años españoles pone en peligro la supervivencia social y económica en sí mismo. La manifestación más concreta de peligro a la supervivencia sería la de la escasez de alimentos, lo que hace que la agricultura deba plantearse como ciencia de la alimentación y el sector agrícola como el más importante dentro de las actividades productivas del país.

El desarrollo ha tenido como consecuencia principal la deterioración de la calidad de la vida para los urbanos, la expulsión de la población rural y, finalmente, la deterioración de la calidad de los alimentos, es decir, de la nutrición, o sea, de las perspectivas de salud a largo plazo.

Las anteriores afirmaciones tratarán en lo posible de ser sustentadas conceptualmente a través de la exposición de puntos aislados, que necesariamente encontrarán difícil coherencia en el texto como totalidad ya que la situación es tan confusa y contradictoria en la materia que ante una asamblea de expertos y científicos sólo cabe la exposición de las reflexiones que la confusión actual presenta.

EL DESARROLLO REGIONAL ESPAÑOL ES CONTRADICTORIO CON EL DESARROLLO AGRÍCOLA, ES CONTRADICTORIO CON EL INTERÉS DE LA MAYORÍA DE LOS AGRICULTORES.

La agricultura en los últimos 200 años ha servido de base para la acumulación primitiva de capital. Al entrar los productos agrícolas en el mercado el agricultor pierde el control sobre su mercancía, y la diferencia entre los precios por él percibidos y los precios pagados por el consumidor constituyen un capital que se acumula en la ciudad, principalmente un capital financiero.

La ciudad, a medida que se industrializa haciendo rentable el capital financiero por la extracción de plus-valías a los obreros industriales, absorbe mano de obra de las zonas rurales proletarizando a los antiguos agricultores.

Una de las bases fundamentales del mantenimiento de la paz social es el tratar de ofrecer a la clase obrera algunos de los alimentos básicos a precios muy económicos. Esto se realiza sobre el sacrificio y los precios baratos percibidos por los agricultores.

El capital continúa concentrándose en la ciudad no sólo en la industria, sino en los servicios, lo que va empobreciendo los servicios rurales.

Cuando la ciudad se hipertrofia tiende a invadir las tierras agrícolas mejores que la rodean y la agricultura se va poniendo cada vez más difícil: por incremento excesivo de los costos, renta de la tierra y por incremento excesivo de los inputs.

La forma de supervivencia, entonces, de los agricultores es el incremento del producto final, ya que los precios son bajos, para ello necesitan altísimos inputs de maquinaria, de abonos, fertilizantes, semillas selectas, insecticidas, herbicidas, etc... Todo esto les da una etapa de respiro y de ligera euforia económica en las zonas más eficaces, caso del Valle del Ebro o de Valencia, Lérida, etc.

Pero la lógica del mercado mundial les lleva a un punto en que hay que continuar incrementando la inversión necesaria para obtener producto y este no aumenta en valor proporcional, por lo que se produce una creciente proletarización de los pequeños propietarios, con la consiguiente emigración.

En estas circunstancias toda la política económica española de los últimos 8 años se basó en un desarrollo industrial y de servicios acelerado y marcadamente desigual en cuanto a las personas y en cuanto a los espacios.

Prioridad a la industrialización, se disparan los servicios por encima de lo esperado. Las empresas se localizan donde quieren, especialmente en las grandes áreas con abundancia de mano de obra, de infraestructura, privatizando los beneficios de la producción y cargando al sector público los costos sociales e infraestructurales.

Es lo que los economistas llaman la utilización al máximo de las economías externas.

Esa es la forma lógica del neocapitalismo industrial. España abre su espacio económico a la localización de las grandes empresas multinacionales y pone una inacabable, dócil y barata mano de obra dispuesta a largas jornadas y gran esfuerzo.

Mientras tanto el Ministerio de Agricultura, de quien depende la vida económica y social de un treinta por ciento de la población y el cuidado y protección de un noventa y tres por ciento del equilibrio ambiental y paisajístico del territorio, se debate en una contradicción ideológica profunda.

Por un lado la tradición ruralista-paternalista trataba de repoblar el campo por medio de la colonización, por otro lado la ideología desarrollista pide mano de obra abundante y barata que emigre del campo a la ciudad. Se busca en la despoblación del campo la solución

al aumento de la productividad. El Ministerio de Agricultura descubre que los resultados de la Concentración Parcelaria o de la Ordenación Rural, o los Cursos de Extensión Agraria y del PPO tienen como consecuencia acelerar la emigración, es decir, el empobrecimiento de las regiones rurales como consecuencia de la pérdida de su máximo valor que es el *factor trabajo*, ya que capital y tierra sin trabajo no son nada.

El mayor fracaso para la política agraria (exceptuado la política de precios favorables para los agricultores) se plantea ante la incapacidad de convencer u obligar a la industria a que se localice en áreas rurales para que la población no agrícola pueda tener niveles de renta urbano-industriales.

No puede haber desarrollo regional equilibrado que esté basado en la hipertrofia de unas cuantas áreas urbanas, especialmente la capital de la región y alguna capital de provincias, y el subdesarrollo y desertificación del resto del territorio. Esa simple situación invalida en gran parte el crecimiento económico de los últimos años.

La situación es tan grave que se plantearía de manera inmediata el bloqueo riguroso del crecimiento de las grandes ciudades españolas y la obligación de instalación de industrias manufacturadas en las zonas rurales en las que todavía sea posible, en las que todavía quede población.

Si analizamos la política espacial, dentro de la Ponencia de Desarrollo Regional del Tercer Plan de Desarrollo, especialmente en el Comité de Areas Rurales, observaremos como a pesar de la declaración ideológica de que no se puede abandonar al campo y de que hay que mejorarle sus servicios y sus infraestructuras para que la gente se quede, veremos como la realidad es el abandono de la acción rural hasta límites insospechados, centrandolo el desarrollo regional en lo urbano. La acción del Tercer Plan abandona la mayoría de los núcleos rurales para centrarse únicamente en las cabeceras de comarcas como lugares de inversión en infraestructura y servicios y, de estas cabeceras de comarcas, de las que se definen unas quinientas para todo el país, sólo se actuará en unas ochenta en el Tercer Plan de Desarrollo. Si se estudia detenidamente el volumen de inversión, pues para todas las áreas rurales españolas, es decir, para ochenta cabeceras de comarca, se observará que alcanzan en total un presupuesto menor que lo gastado en pasos a dos niveles para los automóviles en el año 70 en la ciudad de Madrid.

LA POBREZA TEÓRICA DE LOS MODELOS DE DESARROLLO AGRÍCOLA Y REGIONAL BASADOS EN LA TECNOLOGÍA DURA

Ante la creciente escasez de alimentos y la próxima crisis de energía, aparece una profunda debilidad teórica en lo que pudiéramos llamar expertos en economía agraria, por un lado, y en economía de la energía, por otro. Siento decir esto en una sala en que están reunidos bastantes expertos en economía y sociologías agrarias, entre los que me incluyo, ya que se trata de una acusación de fracaso teórico y un auténtico *mea culpa* ante la falta de independencia teórica consecuencia de la adaptación de modelos estadounidenses o europeos en la teoría de la economía agraria y el desarrollo.

Aun a riesgo de simplificar un poco las principales características del modelo estadounidense de desarrollo agrícola, quiero exponer alguno de los principios en los que se basa para mostrar como, miméticamente, han sido adoptados por España y en gran parte sustentaron las bases ideológicas de los planes Manshol o Vedel para Europa.

El objetivo primero y primordial de la agricultura capitalista es la maximización del beneficio, aunque vaya en detrimento de la vida cotidiana del agricultor, de los salarios agrícolas e incluso de la calidad de los productos. La maximización de los beneficios se fundó en Estados Unidos, entre otros factores, en un incremento de la productividad de la mano de obra a partir de la mecanización y empleo de tecnologías duras —insecticidas, abonos inorgánicos, etc.— más que en una explotación intensiva de la tierra, ya que el principal factor de abundancia de la agricultura en Estados Unidos es la tierra, y que se instalaban como dominadores de los mercados mundiales de cultivos que llevasen poca mano de obra, cultivos que se pudiesen mecanizar (soja, maíz, trigo, entre otros).

El incremento de la productividad de la mano de obra va acompañado de una desaparición progresiva de los pequeños agricultores, de la explotación familiar, con la emigración de la mayoría de las minorías negras del Sur a las ciudades del Norte industrial.

Paralelamente aparecen unos personajes claves de la agricultura americana para todo lo relacionado con frutas y vegetales; es decir, los trabajadores migratorios que recogen la cosecha a lo largo de la costa Este y Oeste de Estados Unidos desplazándose de Norte a Sur siguiendo las recolecciones.

La agricultura con poca población agrícola, poca población activa fija, y unos trabajadores en su mayoría chicanos y negros que viven en muy malas condiciones y que se desplazan para el único momento en que hace falta mucha mano de obra: para la recolección.

Como consecuencia de lo anterior, aparece en Estados Unidos la figura de los *Agribusiness* o gigantescos complejos agrícolas, y de la industria de la alimentación y control de los mercados, los productos pierden progresivamente calidad, la industria alimenticia muy concentrada va añadiendo artificios a los alimentos: agua, colorantes, aditivos diversos, productos para dar sabores, embalajes, etc., y la calidad de la nutrición se deteriora.

Dichos grupos agrícolas-industriales utilizan, por un lado, la presión sobre los precios, y tienen gran fuerza en el Gobierno americano, y, por otro lado, llegan a obtener gigantescas sumas de dinero que el Estado les abona por no cultivar y no producir excedentes. ¡Les pagan por el barbecho!

Hace dos años, en un editorial perfecto, el «*New York Times*» venía a hacer una síntesis y crítica de la política agrícola de Estados Unidos que podía haber sido firmado por Carlos Marx. El texto decía poco más o menos: Llevamos veinticinco años de repetición e insistencia por parte de los economistas al servicio de grandes compañías agrícolas-industriales, que el futuro de la agricultura americana debía pasar por la disminución de la mano de obra, incremento de concentración de las explotaciones, concentración de la producción y que así se conseguiría el óptimo productivo de la agricultura del país.

Así pues, el Gobierno adoptó una política de protección de las grandes empresas y abandono de los pequeños agricultores, lo que nos ha llevado a la siguiente situación: la población activa en la agricultura de Estados Unidos es únicamente el 5 por 100. Ello haría pensar que la productividad es muy alta y que, por tanto, los precios podrían ser bajos.

Pero la realidad es muy distinta. Los precios son más caros que nunca, hay escasez de ciertos productos, la calidad de los alimentos es peor que hace diez años, un 25 por 100 de la población de Estados Unidos está bajo los niveles de la pobreza, empieza a ser frecuente el delito de robo de alimentos, un informe de Nixon muestra la existencia de once millones de niños desnutridos en Estados Unidos, y, además de todo esto, hay una gigantesca masa de minorías negras

(más de 20 millones) que procedentes del campo se albergaron en los ghettos de las grandes ciudades de Estados Unidos; son negros que están en situación de paro, con infraconsumo de alimentos y que son los protagonistas de los disturbios raciales y los causantes, en parte, del caos de la gestión urbana de las grandes ciudades. El editorial acaba diciendo: ¿era ésta la política agrícola adecuada?

Europa, de manera en gran parte mimética, y ante la demanda de mano de obra para las industrias, elabora el Plan Manshol y el Plan Vedel, que van destinados, en ambos casos, a aumentar el tamaño de las explotaciones, a despoblar el campo y a eliminar cinco millones de hectáreas del cultivo para evitar los excedentes.

Como la política europea, falta de imaginación, sigue miméticamente las indicaciones norteamericanas, se encuentran en estos meses con el golpe de mano de las proteínas vegetales, especialmente de la soja.

Nadie había considerado seriamente que casi el 80 por 100 de las proteínas vegetales consumidas por el ganado europeo, español incluido, procedían de la soja americana.

Nadie se había preocupado seriamente de plantar vegetales proteínicos que pudieran alimentar al ganado.

Como hemos entrado en una época de economía y mercado internacional basado en el golpe de mano, como los americanos descubren que su industria manufacturera no puede competir con Europa y con Japón (por ejemplo: los zapatos y los tejidos españoles han hundido gran parte de la industria americana del ramo) y como únicamente en energía nuclear, aviación y computadoras Estados Unidos es competitivo, los economistas americanos descubren su gran potencial agrícola maltusianamente reprimido.

La estrategia USA que siguen es muy simple: «Al no ser competitivos industrialmente, nuestra gran reserva está en la abundancia de suelo y especialmente en productos agrícolas mecanizados».

La estrategia de Estados Unidos ante el mercado mundial cambia y decide que ciertos productos agrícolas, como trigo, maíz o soja, deberán valer muy caros y lo consigue por la creación artificial de una escasez; es decir, por el embargo, o prohibición de explotación de estos productos fuera de Estados Unidos, bajo la excusa de que estaban subiendo mucho los precios en el interior del país.

La consecuencia no se hace esperar y la soja pasa de ocho pesetas a treinta pesetas kilo, con la consiguiente repercusión y cataclismo en la ganadería europea.

Con esta situación aparece claramente el carácter irracional científico y antieconómico de la política de producción, y de la formación de precios.

Los precios no son consecuencia de los costes de producción, sino de la capacidad de golpe de mano que se tenga en el mercado.

Ahora que hay pocos agricultores en Estados Unidos va a empezar a ser un buen negocio la agricultura, al menos para ciertos productos.

Ahora que la política agrícola errónea ha llevado a un despoblamiento de la población agraria en Europa, a un empobrecimiento de los agricultores y a una escasez mundial de alimentos, ¿va a empezar a ser rentable la agricultura?

Paradójicamente, la gran subida de precios en el mercado mundial es para los productos en los que América tiene gran fuerza, especialmente los que necesitan poca mano de obra.

Ello nos lleva a emitir la siguiente hipótesis: hasta hace un año los agricultores, especialmente los españoles, formaban parte del Tercer Mundo, ya que sus productos eran baratos como las materias primas.

Actualmente, y como consecuencia del cambio de estrategia de Estados Unidos, parte de los agricultores españoles, aquellos que produzcan los mismos productos que los Estados Unidos exportan y han hecho subir los precios, maíz, soja, trigo, cereales, pasan a formar parte del mundo industrial avanzado, mientras que los cultivos con gran necesidad de mano de obra, frutas, frutos secos, hortalizas, que necesitan de la mano de obra, siguen formando parte del Tercer Mundo.

Ello se manifiesta de manera límite en las cuatro áreas de agricultura más avanzadas de España: Valencia, Lérida, Valle del Ebro, Murcia.

En la campaña 72-73 gran parte de la naranja de Valencia se ha vendido a precios inferiores al del trigo.

En el Valle del Ebro, el kilo de pimientos o tomates llegó a venderse muy por debajo del precio del kilo de maíz.

Efectivamente, el precio de las producciones por hectáreas son distintos, pero también es extremadamente distinta la cantidad de mano de obra y esfuerzo, así como inputs, insecticidas, abonos, etc. que los distintos cultivos reúnen.

Esta es la causa de la crisis principal de la agricultura del Valle del Ebro y de la agricultura del País Valenciano y de la Huerta Murciana.

MODELO DE DESARROLLO REGIONAL AGRÍCOLA. LA HUERTA DE VALENCIA: SU CRISIS

La agricultura valenciana vanguardista, innovadora y desde hace muchos años inserta en el mercado mundial, está en grave crisis.

Los agricultores de la huerta valenciana son pioneros en cuanto van introduciendo por delante los cultivos más rentables, naranjas y hortalizas desde muy antiguo, productos frescos para la plaza y exportación. Los murcianos, en los años cincuenta, se dedican en gran parte a la conservería. Poco a poco se van dedicando crecientemente a la producción de frutas y hortalizas en fresco y pasa la conservería al Valle del Ebro. El Valle del Ebro, que se dedicaba a la remolacha, pasa la remolacha a zonas más subdesarrolladas, como Andalucía y Tierra de Campos; así pues, esta cadena de agriculturas, que cogen los productos más rentables abandonando los otros a zonas más retrasadas, parecía la adecuada hasta estos últimos años en que la huerta valenciana descubre que la euforia de la naranja había convertido a la mayoría del regadío valenciano en monocultivo al servicio de los países industriales de Europa, y, por tanto, produciendo, como la piña o el cacao, productos del Tercer Mundo.

Estos, por definición, debían ser baratos para los consumidores europeos. La situación ha llegado a tal punto de gravedad que los precios de las naranjas no cubren los costos de producción; dicho de otra forma, los precios absolutos son inferiores ahora que en el año 55.

La agricultura valenciana es víctima de su propia eficacia, de su propia laboriosidad. Cuando ha llegado a un tope máximo de productividad de las tierras, de alta densidad de población, de alta capacitación de sus agricultores, se encuentra con que los productos no tienen precio, no son rentables.

La etapa siguiente corre a cargo de las compañías multinacionales (Ford, United Steel, etc.), que van a ocupar los huertos de naranjos y van a utilizar la disciplina y dócil mano de obra del país valenciano basándose en las economías externas de una gran ciudad, con sus ordenadores, Bancos, telex... y de un gran puerto, que es la base espacial imprescindible para la multinacional.

La autopista, las zonas industriales, el crecimiento urbano, va invadiendo las tierras. La mejor agricultura de Europa para frutas y primores va disminuyendo su superficie. Los agricultores, equivocados, prefieren vender la tierra y recoger unos dineros que la infla-

ción les destruirá en pocos años. Se quedarán sin tierra y sin trabajo, pero podrán trabajar en las fábricas proletarizados.

Para los que se queden con las tierras, el agua se volverá más escasa, porque los consumos urbanos industriales son prioritarios a los agrícolas.

Y nosotros preguntamos, ¿cómo es posible llegar a esta situación? ¿En qué consiste la relación entre el desarrollo regional y agricultura?

¿No es un claro ejemplo de que el desarrollo regional va contra la agricultura?

Hay una primera etapa en que el desarrollo regional es posible gracias a que ha habido una acumulación primitiva de capital, de información, de servicios, de mano de obra hábil y laboriosa; la siguiente etapa es la de la crisis de la agricultura tras el hiperdesarrollo industrial urbano y de servicios.

Sólo con la actual crisis y escasez de alimentos cabe esperar un resurgir de la agricultura como una consecuencia de la revalorización de los precios agrícolas, pero depende de cuáles sean y de que los precios suban para el productor en origen.

La paradoja de la región valenciana lleva a la situación límite en la que como consecuencia del alto valor de la carne y del bajo valor de las naranjas se produce la situación expresada por algunos economistas que pudiéramos considerar de paradoja límite. El valor de lo exportado por la provincia de Valencia en naranjas es inferior al valor de lo importado por la provincia de Valencia en carne, leche y huevos.

Nos encontramos ante una agricultura que ha seguido todas las indicaciones de modernización, pero que ha caído en una doble trampa:

1. *Tendencia al monocultivo y especialización de productos.*
2. *El empleo de la tecnología dura.*

La teoría de la especialización y de monocultivo es clásica en la concepción de los más altos rendimientos por hectárea y en la ideología del imperialismo y del colonialismo.

Dedicar Cuba a azúcar, para que sea barata, dedicar Valencia a la naranja, dedicar Colombia al café.

Eso es lo que se llama lo moderno en economía agraria; es decir,

que la producción sea máxima para que los precios sean baratos para los consumidores de los países ricos.

Pero lo que hay que plantearse es una óptica distinta, es la óptica del interés del agricultor.

El interés del agricultor es cada vez más contradictorio con el interés del mercado mundial, hasta tal punto que no habrá que esperar muchos años para comenzar a constatar que los agricultores de las zonas en que climatológicamente sea posible comiencen a producir la mayoría de los bienes necesarios para su alimentación y dedicar el resto a cultivos no necesariamente especializados, sino a explotaciones polivalentes (tan mal vistas por los economistas e ingenieros clásicos).

La introducción de la modernización de la agricultura en los pequeños agricultores de las regiones activas señaladas, ha llevado consigo la casi desaparición de la hortaliza para autoabastecimiento, del cerdo, de las gallinas y conejos, tradicionales en el autoabastecimiento español.

Nos encontramos con los agricultores escandalizados ante el hecho de que deben pagar cincuenta pesetas por kilo de garbanzos cuando los compran en la tienda, pero que perciben dos pesetas por el kilo de tomates cuando los venden a las conserveras del Valle del Ebro.

La «modernización» de la agricultura ha consistido en que el agricultor sea cada vez más dependiente del mercado, tanto para cultivar las tierras, como para vender sus productos, como para alimentarse.

Esta dependencia del mercado da el poder a los intermediarios y al capital financiero y la pobreza al agricultor.

Ello lleva a plantearse seriamente la necesidad de una buena concepción de lo rural, un neoruralismo autoabastecido de garantía para los propios agricultores.

En entrevistas celebradas en el Valle del Ebro, algunos llegan a decir que la única solución para resolver los problemas de los agricultores es que éstos no produjeran más que para sí mismos, «y en un año se solucionaban los problemas».

Una hectárea de tomates tempranos en la huerta de Valencia o de Alicante puede tener un gasto inicial superior a las 120.000 pesetas, ya que necesitan variada cantidad de insecticidas para los semilleros, abonos exteriores a la explotación, puesto que ya no hay abonos orgánicos de los animales, semillas compradas a empresas

extranjeras, plásticos para adelantar una o dos semanas, máximo tres, la llegada de los cultivos, de los primores, etc.

Abonos compuestos cada vez más caros, como consecuencia de la subida del petróleo, etc.

Durante más de mil años la huerta de Valencia había mantenido un equilibrio entre su población, su producción agrícola, el agua y la tierra, que en veinte años se ha destruido casi totalmente.

Cada vez más inputs, más abonos, más insecticidas, más plásticos, y el rendimiento de las tierras ha tocado un techo, con una deterioración y envenenamiento creciente de éstas.

Algo parecido pasa en el Valle del Ebro. Las amas de casa llegan a comprar los botes de tomate en la tienda a doce pesetas kilo, mientras que en verano no llegan a poder vender todos los tomates que producen.

El jabón Lagarto cuesta 24 pesetas, mientras las carnicerías están tirando el sebo de oveja.

Paradójicamente, las familias de pequeños agricultores que habían conservado la agricultura, el cerdo, los conejos, las gallinas; que metían en conserva los tomates, los pimientos, de manera casera; que se hacían el jabón, son las que cara al futuro tienen una mejor situación económica.

Las contradicciones del capitalismo han llegado a tal punto que el evitar pasar por el mercado para el abastecimiento alimenticio del agricultor es una primera garantía de equilibrio económico.

Este planteamiento puede parecer exagerado, pero si se observa detenidamente el Valle del Ebro, en el que hasta hace tres o cuatro años se encontraban unos 90 municipios de una media de 2.500 habitantes en que no se producía emigración, como consecuencia de la mecanización excesiva y del bloqueo de los precios se está produciendo una emigración muy grave de familias que durante siglos habían sido capaces de vivir en equilibrio con su territorio.

Hay algo en todo esto inquietante y dramático que tal vez los más entusiastas economistas agrarios aquí presentes podrían explicarme diciendo que los que quedan viven mejor, tienen lavadora, televisión, coche, etc.

Eso es una forma de ver las cosas.

Hay que responder que de seguir las tendencias de concentración de las pequeñas explotaciones y despoblamiento de las áreas rurales, sólo vivirán bien los que se queden, y, siguiendo el modelo de Esta-

dos Unidos, cada vez quedarán menos, y hay que preguntarse cómo viven los que se van.

Todo esto está cada vez más oscuro.

Todo esto está muy oscuro, porque la lógica de desarrollo imperante hasta ahora, pero que empieza a ser puesto en duda, estaba basada en el dualismo, productividad, beneficios del capital máximo y, por lo tanto, iba acompañado de una especialización funcional límite. El agricultor debe ser únicamente productor de materias primas, para que las transformen las industrias alimenticias y las comercialicen otros, no debe saber ni hacer nada más que la agricultura. Es la tesis oficial desarrollista.

Esto era históricamente falso en los agricultores del país valenciano y, en general, en toda la agricultura tradicional europea, americana, asiática o africana.

El agricultor, además de producir alimentos, se construía su casa, hacía las obras para caminos y regadíos, construía los almacenes, hacía tareas artesanas durante el invierno (tejidos, trabajo en madera, cerámica).

El agricultor tenía un contenido de vida más variado, una actividad más regular a lo largo del año y un medio de control sobre su propio producto.

Con la llegada del desarrollo con tecnología dura y especialización máxima, el agricultor va perdiendo contenido dentro de la producción global del país, cuanto más entra en el mercado más dependiente es de los demás sectores; aunque sepa lo suficiente de albañilería, los promotores tratan de venderle una casa que le costará más cara construida por una empresa promotora.

Sólo los agricultores con suficiente tesón pueden, con ayuda mutua de los vecinos, seguir construyéndose su casa y ahorrándose un 200 por 100 del coste que pagaría en el mercado.

Depende igualmente de la maquinaria, que tiene que comprarla fuera; ello lleva consigo el fin del ganado de labor que le producía abonos orgánicos.

Tiene que comprar abonos inorgánicos al exterior, lo que genera una gigantesca industria química contaminadora; el 60 por 100 de la industria japonesa está dedicada a la producción de inputs para la agricultura.

En España llevamos el mismo camino.

Como todos los agricultores no pueden tener maquinaria, aparecen empresas de servicios de maquinaria o agricultores que a la vez

llevan su explotación y son taxistas agrícolas para el resto de sus vecinos.

Ello conduce a una situación paradójica, relativamente nueva en la historia de la agricultura española.

Pequeños agricultores que prácticamente no son sino gerentes de su explotación, estando la mayoría del año parados excepto en los momentos de recolección manual, ya que los demás trabajos de maquinarias los hacen empresas especializadas, de forma que tienen que pagar para labrar, sembrar, echar los herbicidas, echar los insecticidas, acarrear los productos.

Una concepción publicitaria del estilo de vida del agricultor moderno, ha ido metiendo en la mente de los rurales que estaba anticuado el tener hortalizas, cerdos, gallinas, etc., por lo que dependen estrechamente de las industrias alimenticias hasta para el pan.

Se consume Bimbo, aunque todavía en pequeñas cantidades, en los pueblos del mejor trigo de la Tierra de Campos, y pescado congelado en pueblos de pescadores, sin luz ni agua corriente, de la isla de Fuerteventura.

Es el extremo límite de separación entre el valor de uso de las mercancías producidas por los agricultores y el valor de cambio que se les escapa en cuanto entran en manos de los intermediarios y, especialmente, de la industria alimenticia.

El ramo de la industria alimenticia es uno de los más invadidos por las empresas multinacionales en España.

Con situaciones monopolísticas en la mayoría de los casos, marcan los precios a los agricultores y, tras pequeñas transformaciones llenas de aditivos y de preservativos que puedan mantener los productos durante meses en «stoks» y jugar con los precios, hacen pagarlos extraordinariamente caros a los consumidores.

Todo ello acompañado de una gigantesca red de transportes que lleva abonos y trae alimentos. El trigo de Palencia va hasta Barcelona, a Riera-Marsá, Bimbo, para volver a Valladolid o a Bilbao elaborado en forma de miga cuadrada a la vez acartonada y esponjosa, casi imposible de digerir, ya que llevan tal cantidad de aditivos que las preserven y las conserven que son casi indestructibles, intransformables por el jugo gástrico.

Algo parecido pasa con los piensos compuestos. Los agricultores del Valle del Ebro ofrecen maíz, alfalfa a las fábricas de piensos compuestos y compran piensos compuestos para sus animales, los escasos que tienen ganadería, pagando tres veces más caro el resul-

tado de mezclar productos que con la harina de pescado costaban tres veces más baratos.

Al agricultor que ha ido viendo disminuidas sus funciones no le queda otra situación que la emigración, salvo que los más dinámicos de las zonas rurales o los vecinos de las zonas urbanas vean aparecer, como en el caso del país valenciano, una infinidad de pequeñas y medianas empresas que les ofrecen trabajo a tiempo parcial o que les convierten en asalariados de las fábricas y en ratos libres o en acuerdo con vecinos o familiares siguen haciendo de empresarios de la explotación agrícola que tenían. Esto es frecuente en casi toda España, por lo que las estadísticas de población activa en la agricultura son profundamente difíciles de definir.

En cualquier caso cabe arriesgar la siguiente hipótesis: la llamada disminución de la población activa en la agricultura debería ser sometida a severas dudas, si se cuenta que además de una disminución de la población activa lo que se produce es una disminución del contenido de las actividades del antiguo agricultor.

Que ya no produce para autoconsumo, que no se produce su casa y sus almacenes y que habría que incluir entre la población activa en la agricultura todos aquellos que transforman los productos agrícolas en alimentos.

Toda la industria del transporte, productos alimenticios, toda la mano de obra que produce tractores, toda la industria química que produce abonos, toda la industria alimenticia que manipula, debería ir contabilizada como población activa en la agricultura, en la alimentación del país.

De este modo, cada vez más, habría que hablar del agricultor como fundamento de la nutrición sana y económica de un país y no como productor de materias primas para la industria y el comercio.

¿Cuál es el porcentaje de la población activa española que se dedica no a la agricultura, sino al proceso de nutrición de los españoles? ¿Dónde está localizada la mayor parte de la industria alimenticia española? ¿No ha ido a saturar y a condensar población y actividad en las áreas más desarrolladas, Bilbao-Barcelona-Madrid, tratando de localizarse junto al consumidor y haciendo emigrar a la gente del campo a las grandes ciudades mientras que las regiones agrícolas se estancan por ausencia de industrialización?

Así pues, en los temas de población activa y desarrollo regional habría que empezar a hablar del mito de la disminución de la mano de obra agrícola y del consiguiente incremento de su productividad.

Toda región que basa su desarrollo de la agricultura en la disminución de la población activa y consiguiente emigración, engendra un empobrecimiento y desertificación de la región como pérdida de su principal capital; es decir, la mano de obra, el factor trabajo.

Más que un incremento de la productividad, lo que se produce es una reducción del contenido y de la variedad del trabajo y un paso de la actividad antigua del agricultor hacia otros sectores, la construcción, la industria alimenticia, etc., el mito de la imposibilidad de una buena agricultura regional si no va acompañada de una industrialización de la capital de la región.

Es frecuente oír que, siguiendo las instrucciones clásicas de los manuales de desarrollo regional, no puede haber una agricultura moderna si la región no tiene una industrialización alta.

Ello nos llevaba a hacer notar en los años 70 que precisamente las zonas de agricultura más avanzadas de España correspondían en casi todos los casos con las zonas de industria y ciudades más avanzadas del país.

Igual había que hacer notar que Europa, que es una zona altamente industrializada, posee una agricultura altamente eficaz y con problemas de excedentes.

En cierto modo es un razonamiento paradójico, ya que los fundamentos de que la agricultura europea tenga una productividad alta y una tecnología avanzada dependen de un alto consumo de energía petrolífera, como combustible de las maquinarias y del transporte, así como de una gran cantidad de fosfatos que proceden de otras áreas de Europa, especialmente del Norte de África, así como de una gran cantidad de abonos procedentes del petróleo, y de insecticidas, procedentes también de derivados de la industria petrolífera.

Aun más, la ganadería dependería del Tercer Mundo en cuanto a la harina del pescado, Perú principalmente, y de Estados Unidos en cuanto a la soja.

Georg Brostrom, en su libro *«The Hungry Planet»* y en su posterior libro *«Too Many»*, así como sus impresiones y recientes artículos en el *«Observer»* inglés, venía advirtiendo, desde hace casi diez años, el falso espejismo del desarrollo agrícola con tecnología dura, y la futura escasez de alimentos como consecuencia del fracaso de la revolución verde, que en España ha sido inicialmente un éxito espectacular, pero que está pendiente de la espada de Damocles de la energía, los fosfatos y los insecticidas.

Brostrom es un autor que plantea seriamente una visión global de las limitaciones ecológicas de la tierra en cuanto a la producción de alimentos.

Sus pruebas documentadas sobre el tema invalidan las concepciones clásicas del desarrollo regional y su relación con la agricultura.

La tecnología dura no puede conducir sino a una dependencia creciente de toda la sociedad de factores externos al equilibrio ecológico y que lo ponen en peligro.

Goldsmith, impulsor de la revista *Ecologist* y autor del manifiesto para la supervivencia, ha mostrado en un artículo profético, escrito en el año 1971, titulado «¿Cuál es el futuro de Gran Bretaña?», que este país, que importa actualmente el 50 por 100 de sus alimentos, deberá poner cada vez más sus tierras en cultivo y aumentar su población agrícola para tratar de ser ecológica y agrícolamente autosuficiente, ya que la escasez mundial de alimentos para el fin de siglo hará que la mayoría de los países subdesarrollados no acepten cambiar alimentos por productos tecnológicos.

Tras todo lo anterior, no queda fuera de lugar el nombrar la palabra autarquía, palabra que durante muchos años ha sido olvidada, borrada por el desarrollismo y de la que España tuvo unas experiencias que tal vez cara al futuro deban empezar a ser reconsideradas.

Puede ser que en este delirio y confusión teórica el final de esta ponencia parezca totalmente *camp*, ya que voy a referirme laudatoriamente a ciertas concepciones ruralistas del antiguo Instituto Nacional de Colonización, en las que se planteaban problemas de explotaciones equilibradas con ganadería y autoabastecimiento, con estiércol y hortalizas. Otras soluciones de la época de la autarquía pusieron en valor la minería de carbón, las investigaciones de las posibilidades del carbón a través del Instituto Nacional del Combustible, que necesariamente van a tener que ser resucitadas.

En aquella época, que hay que reestudiar detenidamente y evaluar con vistas a las futuras limitaciones ecológicas del Desarrollo Regional Agrario, se subvencionaban la creación de estercoleros a partir de la paja, a lo que habrá que volver, ya que es más importante el transformar la paja en estiércol y ésta en alimentos que en papel de periódicos, que cada vez escaseará más, que, por lo demás, es despilfarrar en anuncios publicitarios y en ausencia de contenido, exceso de páginas sin información real.

Es la época en que se fundó en Jaén, y tal vez todavía existe, y en cualquier caso deberá ser reinventada, la fábrica destinada a transformar en abonos orgánicos la mayoría de los residuos agrícolas del campo español que actualmente se queman o se tiran a la basura y a los vertederos.

La fuerza teórica desarrollista de la tecnología dura ha llevado, por ejemplo, a menospreciar y tratar de destruir la explotación familiar agraria en Galicia, que es probablemente de toda España aquella que ha tenido una mayor sabiduría ecológica.

La simbiosis entre el campesino gallego, la vaca, que come los nabos, el campesino que come los grelos, la leche de la vaca la toma en parte el cerdo y el campesino, vende parte del cerdo y se come el resto, la hortaliza posible en clima húmedo y cálido, todo ello proporcionaba una alimentación sana y de gran calidad, abundante en proteínas, que tuvo como consecuencia el aumento de la población y que es por donde el no sistema gallego perdió su equilibrio, obligando a emigrar al exceso de población posible para dicho territorio.

Un intento de aplicación para Galicia del desarrollo agrícola regional clásico lo ha constituido la concentración parcelaria, que en lugar de limitarse a mejorar los caminos que comuniquen las explotaciones ha tratado de concentrar parcelas, obteniendo como resultados parcelas de tamaños ridículos y, por el contrario, destruyendo los taludes y linderos entre las parcelas que durante siglos habían servido de refugios a microorganismos, animales y de reservas de agua.

Esos mismos campesinos gallegos son ejemplo de agricultura a tiempo parcial sincronizada con la industria, bien en Alemania, bien en la propia región y con la pesca. Sólo su profundo amor a la tierra y su capacidad de sacrificio ha hecho supervivir a la explotación agrícola gallega, que puede ser, en mi opinión, un profundo e importante punto de partida cuando haya que volver a empezar con la aplicación de la agricultura o tecnología suave.

Todo ello si el desarrollo industrial gallego, basado en el deterioro del agua por las papeleras y las industrias contaminadoras, no acaba con la pesca de las rías y con la única y futura gran reserva de agua potable para el resto del país.

CONCLUSIÓN

Es difícil sacar conclusiones claras y coherentes de un discurso teórico, contradictorio y ambiguo.

Queda claro que el principal fracaso del desarrollo español es que haya ido acompañado del enriquecimiento de unas personas y unas grandes ciudades y de la desertificación de la mayoría del país y de empobrecimiento de los rurales.

Ello basta para invalidar gran parte del desarrollo español, y poder poner una vez más en duda la viabilidad de un sistema económico que genera este tipo de consecuencias.

Hay que añadir que la situación del concepto mismo de desarrollo hace pensar las máximas dudas sobre el concepto de desarrollo regional y entra en contradicción con los intereses de los agricultores y de la alimentación nacional cara al futuro.
